

FRAGMENTOS Y RUINAS DE UTOPIÍA

(Textículos de La Habana)¹

Juan Antonio Ramírez

Fidelia

La isla de los felios mide cincuenta millas en su parte central; durante un gran trecho disminuye poco su latitud, pero luego se estrecha paulatinamente por ambos lados hacia los extremos. Éstos se curvan ligeramente hacia abajo, dando a la isla la apariencia de un caimán, según dicen algunos, aunque más parece un garrote, un falo erecto, o un espermatozoide gigantesco penetrando en el golfo uterino de los mexiuisicas. No tiene casi montañas que la protejan de los vientos, y el mar, aliado con los truenos, se encrespa a veces arrasando las costas e impidiendo la circulación de las naves (también llamadas «balsas»).

¹ Tomo prestados algunos párrafos de Tomás Moro (*Utopía*), Tomaso Campanella (*La imaginaria ciudad del sol*) y Francis Bacon (*Nueva Atlántida*), confiando en que los venerables huesos de estos autores no sientan conmoción alguna, dondequiera que se encuentren, a causa de mis inocentes extrapolaciones. He manejado aquí la edición conjunta de las tres obras publicada por el FCE con el título de *Utopías del renacimiento* (México, 1973; traducciones de Agustín Millares Carlo y Agustín Mateos). El género *textículo* fue hallado (o inventado) por el artista y poeta José de la Calle: sin su permiso, amparándome en nuestra amistad, lo aplico al trópico.

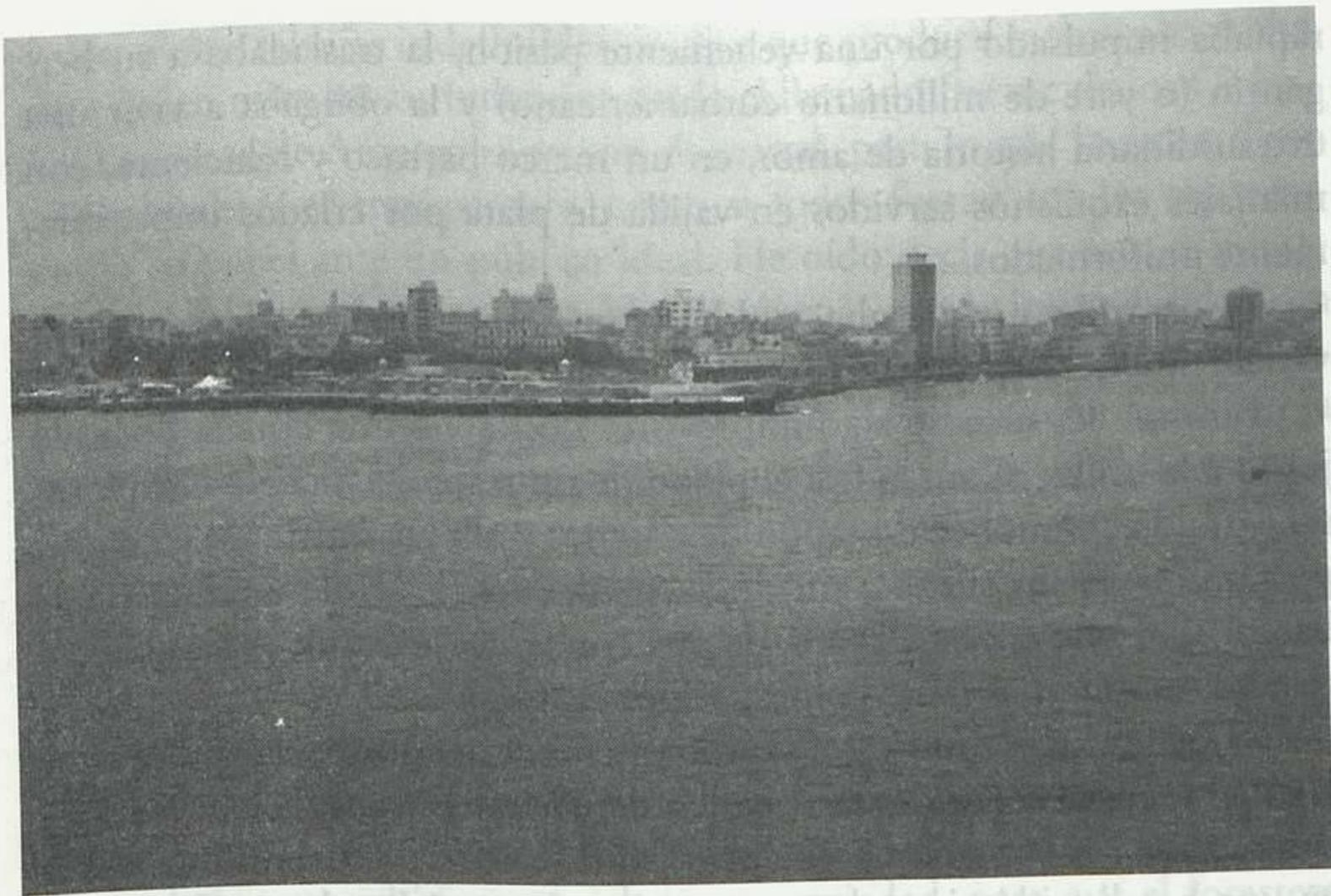
Cuéntase, y la configuración misma del lugar lo confirma, que aquella tierra no estuvo antiguamente rodeada por el mar; que Fidelio (de quien, triunfante, recibió nombre la isla, antes llamada Abrasa, y que logró elevar a una multitud ignorante y agreste a un grado tal de civilización y cultura que sobrepasa actualmente a la de casi todos los mortales), apenas alcanzó la victoria en su segundo desembarco, mandó cortar el istmo de quince millas que la unía al continente, dejando que el mar la circundase. Ocupó en este trabajo a los habitantes todos de la isla, para que nadie lo considerase afrenta, así como a la totalidad de sus soldados, con lo cual la obra llevóse a cabo con increíble rapidez, y la admiración y el terror por el éxito obtenido sobrecogió a los pueblos colindantes, que al principio se mofaban del intento.

Relato breve con Lorita

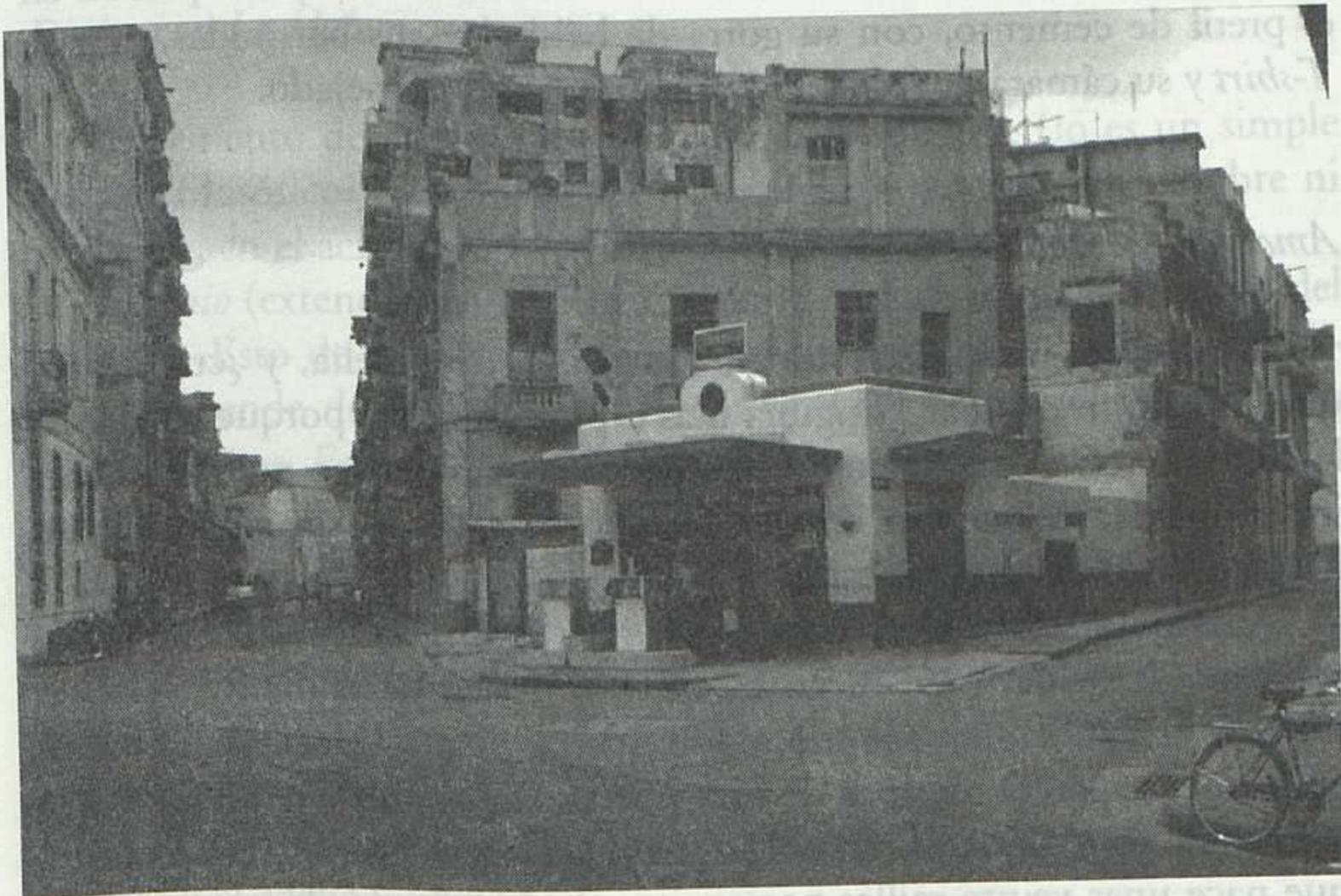
Érase una vez una isla remota, poco visitada por los forasteros. Sus habitantes tenían todo lo necesario para vivir, pues la naturaleza era pródiga al ofrecer sus frutos, y los ancianos del Comité Dirigente, adornados con barbas venerables, distribuían los bienes con equidad. Nadie humillaba a los demás con la ostentación impúdica de riquezas abusivas, ni tampoco acongojaba a su vecino exhibiendo miserias insoportables. Todos los rincones del lugar eran hermosos como tarjetas postales. Los atardeceres, para los ociosos (que eran casi todos los moradores del país), estaban siempre arrullados por los vaivenes rítmicos del mar. No hacía frío (la nieve era sólo algo que se asociaba con el tiempo en un viejo tango, casi olvidado), y todos disfrutaban de una adánica semidesnudez.

En la capital de aquella isla vivía Lorita, una linda jovencita, risueña y soñadora. Al igual que muchos otros isleños, solía abandonar su morada, a la caída de la tarde, para tomar el fresco en el gran Paseo Marítimo de la ciudad. Lorita, sentada en el pretil de cemento, miraba la línea del horizonte, y contaba las olas como quien reza una letanía interminable. Imaginaba entonces la llegada de un apuesto marinero que la

Juan Antonio Ramírez (1948) es catedrático de Historia del Arte en la Univ. Autónoma de Madrid. Entre sus publicaciones: *Arte y arquitectura en la época del capitalismo triunfante* (1992) y *Duchamp. El amor y la muerte, incluso* (1994).



era una batalla idéntica a la suya, y como la suya, el mar. Lo único
cogió presurosa el nuevo mensaje: el papá de la verde y llevaba un
se una cita indeterminada. «In God we Trust», leyó poco después. Son-
no insinuante (era su carácter) al marino en cinta que esperaba en



La capital de Cuba desde el Castillo del Morro y, más de cerca, en una encrucijada
de Centro Habana.

raptaba impulsado por una vehemente pasión, la trasladaba a su bergantín (o yate de millonario euroamericano) y la obligaba a vivir una extraordinaria historia de amor, en un marco barroco y reluciente, con manjares exquisitos servidos en vajilla de plata por criados impecablemente uniformados...

La ola mil y una llegaba, y el horizonte, como cada tarde, seguía invariablemente despejado.

Pero un día sucedió algo imprevisto. Lorita vio una botella flotando junto a la orilla. ¿Contendría el plano de un tesoro? La cogió temblorosa, extrajo el enmohecido tapón de corcho, y allí encontró, en efecto, el pergamino de sus sueños, sin duda, pero, ¿desde dónde escribía? ¿Y el barco? ¿Por qué estaba ella allí, de pie, con aquel papel en la mano, junto a las sempiternas rocas golpeadas por las olas?

Se preguntaba todo esto, confusamente, cuando se percató de que alguien le hacía señas desde el banco del Paseo. Era un forastero rubio, colorado por el sol, que agitaba otro papel. Observó cómo lo introducía en una botella, idéntica a la suya, y cómo la arrojaba al mar. Lorita recogió presurosa el nuevo mensaje: el papelito era verde y llevaba impresa una cifra indeterminada. «In God we Trust», leyó poco después. Sonrió insinuante (era su carácter) al marinero en tierra que esperaba en el pretil de cemento, con su gorra de béisbol y sus bermudas, con su *T-shirt* y su cámara de fotos. El horizonte seguía despejado.

Amargoto, capital de Fidelia

Describiré, pues, una ciudad cualquiera de Fidelia, y ¿cuál mejor que Amargoto misma? Ninguna más a propósito, así porque las demás le concedieron el privilegio de albergar al Senado, como por serme mejor conocida, ya que viví en ella, recorrí sus calles, y conocí a muchos habitantes en sus propias casas.

Amargoto se fundó en una especie de península, junto a una bien resguardada bahía, pero luego ha crecido desmesuradamente, hacia el Oeste y el Sur, sobre todo, de modo que su plano, inicialmente tortuguiforme, se parece ahora al de una ameba o a un pulpo con varios tentáculos de configuración variable. La ciudad posee un río, el Amenidro, que nace unas veinte millas por encima de Amargoto, de una exigua y cristalina fuente, pero engrosándose paulatinamente llega a la desembocadura caudaloso y espeso. Enriquecido con múltiples restos orgánicos

y con olores salvajes indefinibles, se dice que produce melancolía y olvido a quien mira sus turbulencias desde el llamado Puente de los Ciclos.

Las casas de Amargoto no son de cristal, pero lo que hacen o dicen sus habitantes es transparente, como si todos fueran actores representando su papel ante un público ideal. He oído decir que esto es consecuencia del estrechamiento en el que viven, y de la imposibilidad, en esas condiciones, de pagar tributo a las convenciones de la intimidad. La razón verdadera se encuentra en las leyes de la isla, que conciben la República toda de los fieles como una colmena (una piña) de trabajadores solidarios viviendo en estrecha promiscuidad.

Las puertas de las casas suelen cerrarse, en cambio, con varias llaves, a pesar de que no existe allí nada privado y las casas mismas se cambian por sorteo en las rifas de cada ciclo revolucionario.

Los amargotenses aman la vía pública y la sombra del soportal. Las calles son anchas avenidas de parcheado pavimento desigual. Por ellas desfila siempre una muchedumbre abigarrada, de todas las razas, puras y mezcladas, concebidas, en su hermosa variedad, para que el forastero experimente un inenarrable solaz.

Diálogo en La Habana

[Fragmento de los apuntes para un guión de cine (¿o es un simple diálogo filosófico?), encontrado en una maleta perdida, sin nombre ni dirección, en el aeropuerto de Madrid-Barajas.]

Disenio (extendiendo su brazo hacia la ciudad, desde el Castillo del Morro): «Esto de la ruina urbana se parece al problema de la abstracción. Depende de la distancia perceptiva. La Habana, desde aquí, no está en ruinas. Es una ciudad bellísima, y parece bastante bien conservada.»

Pecunio (tapándose el sol con la mano, colocada sobre las cejas): «Pero es evidente que el espacio está mal y poco aprovechado. No es rentable restaurar toda esa basura. Unos cuantos derribos estratégicos son esenciales para resanar y dinamizar el larguísimo frente del Malecón.»

Vacilio: «¿Reproduciendo varias veces los dos rascacielos del Hotel Riviera y el Meliá Cohiba?»

Pecunio (primer plano del rostro, sin la mano en las cejas): «El Malecón necesita cinco o seis núcleos hoteleros semejantes a ése. Me ima-

gino un frente de edificios ultramodernos, un escaparate de la nueva Cuba, paraíso para el turista y mercado seguro para el inversor.»

Vacilio: «¿Y qué pasará con la población de esos barrios, actuales habitantes del Centro, Centro Habana y el Vedado? No sé si podríamos echarlos de ahí sin crear un conflicto social.»

Pecunio: «Por eso es importante que siga Castro en el poder. A él le vienen bien nuestras inversiones y nosotros necesitamos su capacidad para controlar a la gente. Él sabe cómo arreglárselas en estos casos. Puede inventarse otras brigadas campesinas o realojarlos en una barriada periférica. No es nuestro problema.»

Disenio: «A mí no me gusta esa idea de los rascacielos. Es mejor dejar al frente de casas actual, aunque con una rehabilitación radical, naturalmente. Una cadena de hoteles con sabor tradicional, eso es lo mejor. Claro que vaciaremos por completo todos los interiores para hacer estructuras modernas, con aire acondicionado y todo lo demás. En cuanto a la gente...»

Vacilio: «No sé si debería desaparecer esa multitud de desocupados (y desocupadas) que puebla el Malecón. Los turistas se sienten molestos a veces con ellos, pero también reconocen su atractivo. Hay que pensar en esto.»

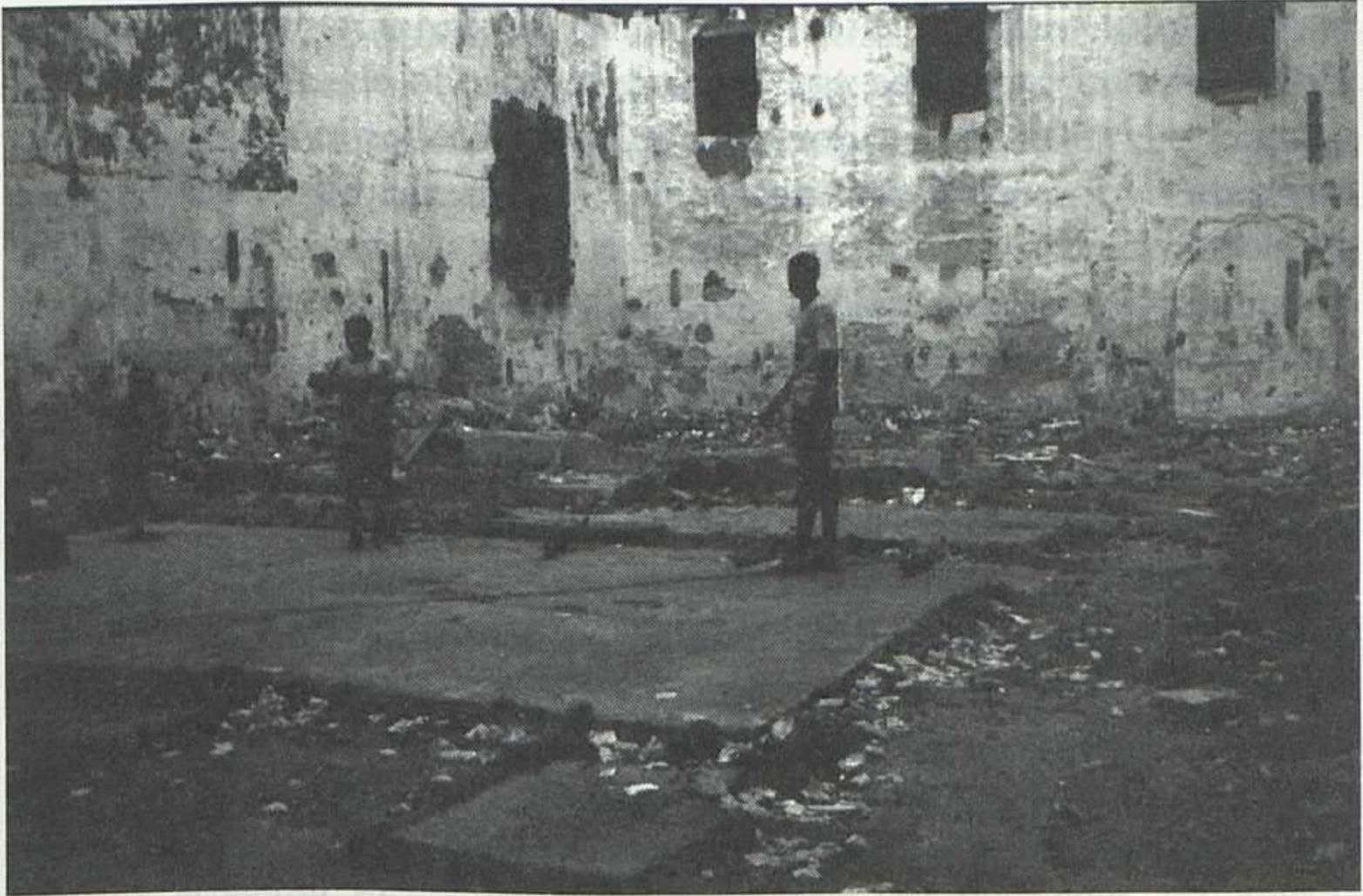
Pecunio (cogiendo amablemente a Vacilio por el brazo): «Mi querido amigo, no hace falta que los chicos y las chicas vivan cerca para que acudan al Malecón. Los grandes hoteles serán polo de atracción para ellos. ¡Vendrán aquí, atraídos por el olor del dólar, desde todos los rincones de Cuba! ¿No has visto cómo están todas las noches los alrededores de Riviera y el Cohiba?»

Vacilio: «A pesar de todo lo que dices yo creo que...»

[La frase se interrumpe al final de la página. No se ha encontrado el resto, si es que llegó a escribirse.]

Hubert Robert, tropical

Siempre me hacen soñar, en los museos, los cuadros de Hubert Robert (1733-1808). Me gusta deambular mentalmente por sus grandiosos peristilos grecorromanos, por los restos de bóvedas semihundidas, los fragmentos de arcos triunfales, de palacios imperiales y de templos pseudoperípteros. Árboles y hierbas («matas», en la terminología cubana) crecen siempre entre esas ruinas prodigiosas: la naturaleza, parecen decir, es indiferente a la pompa de los imperios; todo lo humano mue-



Campo de tiro recreativo,
improvisado en las ruinas
de La Habana vieja.

Palacios dieciochescos
reutilizados, evocando a Piranesi.

re, y es inútil cualquier intento de vencer la omnipotencia del tiempo. Hubert Robert acentuaba este mensaje colocando en tales escenarios a pastores y lavanderas, leñadores y caminantes, todos insensibles ante la grandeza de los restos arquitectónicos. Algún chamizo rudimentario puede adosarse a un muro monumental, como si quisiera hacer evidente que una nueva civilización, idílicamente pastoril, se ha edificado sobre las ruinas de un pasado ominosamente imperial.

Extraño mensaje, pues. ¿Lamentamos la pérdida del antiguo esplendor o celebramos la caída de aquella civilización y su sustitución por una presente y sencilla «edad de oro»? ¿Es la ruina arquitectónica un signo de decadencia o un indicador del progreso humano? El pintor del que hablamos fue contemporáneo de Jean Jacques Rousseau (1712-1778), y no es impensable que una tal exaltación de la *naturaleza* frente a la *cultura* haya sido más consciente de lo que creíamos.

No puedo dejar de pensar en ello ante las ruinas de La Habana: palacios dieciochescos, con sólidas columnas toscanas (que no habrían desagrado a Hubert Robert), mugrientos y desconchados, con escaleras laberínticas improvisadamente remendadas (imitaciones inconscientes, líricas y tropicales, de las *carceri* de Piranesi); bancos e iglesias, enfáticos herederos de la *City beautiful* norteamericana, reconvertidos en moradas proletarias y en oscuros garajes, con remoto olor a cirio y a sudor; casas salitrosas de Centro Habana, enseñando sus grietas, como heridas sangrantes, a los turistas del Malecón. Eclecticismo des-remendado; art deco des-encolado (decollage arquitectónico). Derrumbe repentino de un fragmento; puentes urbanos de puntales (de casa a casa, por encima de una calle), también ya arruinados; carnaval delirante de Vignola y Dietterlin, o de los discípulos exóticos de Lalique y Le Corbusier, en todos los colores (rosa pastel, añil, verde botella, gris marengo, amarillo limón, azul celeste, rojo, lila, verde otra vez...), como un maquillaje imposible para las arrugas o las pústulas edilicias del tiempo y de la incuria.

Todos los estilos que amamos o detestamos (lo mejor y lo peor de la tradición arquitectónica occidental) están ahí, milagrosamente en pie. Edificios viejos y decrepitos, en estado fragmentario, tal vez, pero todavía existentes. Y habitados. La imagen viene con esa negra que asoma su sonrisa en un balcón suntuoso (es un marco roto y le falta algún balaustre), con ese garaje de bicicletas en el zaguán de una mansión nobiliaria tardobarroca, o con aquel tropel de niños en lo que es todavía una gran escalinata marmórea.

Son los restos degradados de la vieja civilización de los magnates del azúcar. La Habana era una ciudad de grandes mansiones aristocráticas y de palacetes altoburgueses, de pisos suntuosos y de chalets suburbanos, según el sueño del *american way of life* que alimentaban los lacayos de la República neocolonial. Los descendientes de los antiguos esclavos y los sectores proletarios estaban excluidos del escaparate. Importa recordar que este catálogo seductor de maravillas arquitectónicas se concibió para la élite dominante de la isla, apoyada en el sistema habitual de la acumulación capitalista y la servidumbre.

Por eso es hermoso contemplarlo así: visible todavía, pero *arruinado*. Las lluvias tropicales han creado arroyuelos oscuros en las molduras y en los fustes de las columnas. También (como en los lienzos de Hubert Robert) hay arbustos indefinibles creciendo en los entablamentos o compitiendo con los pétreos ornamentos florales. En los interiores abundan las subdivisiones y los remiendos improvisados, como si una nueva tribu, con otra concepción del mundo, se hubiera instalado en aquellos espacios. Es exactamente lo que hizo la Revolución. Proletarios y campesinos, negros y barbudos, llegados del remoto oriente, emergiendo de los suburbios, con otro sueño de vida, para ocupar los antiguos palacetes abandonados o confiscados. Como cangrejos ermitaños en un cascarón prestado.

El «buen salvaje», el idílico comunista de la horda primordial, habitando indiferente entre los restos decrepitos de la vieja y ominosa sociedad imperial-colonial.

¿Qué hacer con las ruinas de La Habana? ¿Hay algo que resuma, como esto, de un modo tan gráfico, la grandeza y la miseria, el éxito y el fracaso de la Revolución? Su belleza y su horror nos paralizan, tirando por igual. Duda mortal, asno de Buridán.

La educación por el arte

La Sabiduría hizo adornar las paredes interiores y exteriores, inferiores y superiores, con animadas pinturas que en admirable orden y adecuada reiteración representan todo lo que los fieles deben conocer y pensar sobre el mundo y sobre la historia de su nación. En los lugares más prominentes hállanse las efigies de los Grandes de la Patria, todos ellos mártires (excepto Fidelio, cuya vida ahorrada al espanto de la metralla, permitió el triunfo final de la Causa). Invócase con frecuencia en tales pinturas la necesidad de derrotar al Universal Satán Acechante

(U.S.A.), expresando la seguridad de que tal cosa sucederá en el futuro: «¡Venceremos!» También escriben con gruesos caracteres, aludiendo a unos hipotéticos sacrificios de origen religioso: «Sí, resistir se puede.»

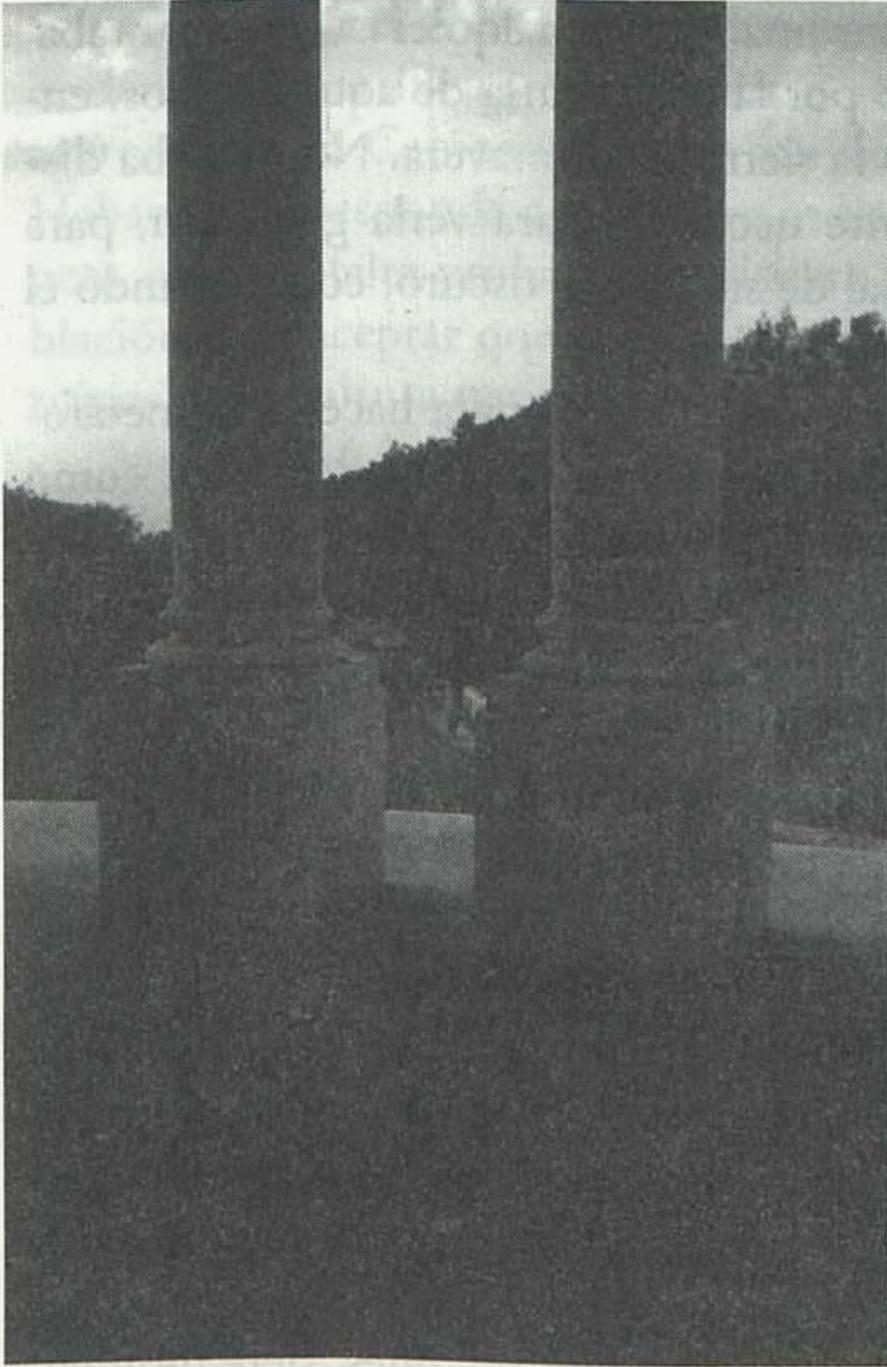
Es así como toda la población se educa en el conocimiento de las Verdades Esenciales, las cuales no quedan restringidas al ámbito limitado de la escuela o del trabajo.

[Después de este pasaje viene una larga discusión entre el Almirante y el Gran Maestro acerca de si es esto tan distinto a lo que sucede en estos Reinos Cristianos, de todos conocidos. Argumenta el segundo que no existe entre nosotros semejante vaciado del cerebro por parte de los poderes que controlan Sus Católicas Majestades, y que aun estando todos los súbditos de nuestras naciones bien informados de la conveniencia de seguir el bien y apartarse del mal, tienen libertad para concebir e inclinarse hacia los pensamientos o actos erróneos, como lo prueba el gran número de galeotes y reos de garrote vil que existen en la Cristianidad. Admite al Almirante lo del gran número de galeotes, y se explaya sobre la conveniencia de que haya gentes equivocadas a quienes condenar, garantizando así el buen funcionamiento de la flota de Su Majestad. Pero afirma también que la infinita proliferación de imágenes de nuestros Eximios Gobernantes nos lleva a venerarlos (o menospreciarlos) de forma irracional. Recuerda además el Almirante que los reclamos innumerables que nos acechan (con seductoras imágenes) para invitarnos a comprar todo tipo de cosas, conforman nuestra mente y nuestra voluntad con presupuestos dogmáticos de un modo harto similar a lo que sucede entre los felices. Invoca el Gran Maestro la autoridad indiscutible de las Sagradas Escrituras, y la enseñanza de nuestra Santa Madre Iglesia, como pruebas irrefutables de que no es lo mismo enseñar machaconamente la Verdad Revelada que emponzoñar la mente con deleznables consignas aleatorias, falibles por su mera condición humana. La discusión se acaba al recordar repentinamente el Almirante su obligación inexcusable de tratar con el Contraalmirante cuestiones relativas al rumbo reciente de la nave.]

Círculos concéntricos y algo del «período especial»

—Tu visión de la ruina arquitectónica y social me parece romántica y, digámoslo también, algo rudimentaria.

Yo me encogí de hombros y sonreí, como dando a entender que la cosa no iba mucho conmigo, o sea, que no me importaba ser corregido



Inscripciones espontáneas en el monumento al general José Miguel Gómez (La Habana).

Pintada institucional en una tapia de Regla.



o recriminado por haber expuesto una teoría cualquiera. Me encantaba, en realidad, sentirme dominado por la propietaria de aquellos ojos, entre verdes y siena tostada, como la tierra en primavera. No pensaba discutir más allá de lo estrictamente necesario para verla gesticular, para sentir la fuerza poderosa y animal de su cuerpo oscuro, conquistando el aire para hacer irrefutables sus argumentos.

—Me voy a servir de tu querido Campanella para hacer una metáfora —prosiguió—. ¿Recuerdas su descripción en la Ciudad del Sol como un conjunto de círculos concéntricos?

—Sí, son siete —dije—, y están dedicados a los planetas. El autor le da mucha importancia al aspecto defensivo. La utopía se presenta como un baluarte inexpugnable, igual que la Cuba actual.

Tenía el libro cerca del sofá, así que busqué el pasaje y lo leí:

«La Ciudad está construida de tal manera que, si alguien lograre ganar el primer recinto, necesitaría redoblar su esfuerzo para conquistar el segundo; mayor aún, para el tercero. Y así sucesivamente tendría que ir multiplicando sus fuerzas y empeños. Por consiguiente, el que quisiera conquistarla, tendría que atacarla siete veces. Mas yo opino que ni siquiera podría ocupar el primero de ellos: tal es su anchura, tan lleno está de terraplenes y tan defendido con fortalezas, torres, máquinas de guerra y fosos.»

—La hipotética destrucción de la ciudad tendría, pues, siete momentos o estadios, correspondientes a otros tantos ataques, ¿verdad? —inquirió ella.

—Eso parece. Pero aclárame de una vez a dónde quieres llegar.

Lo dije por mostrar un deferente interés. En realidad no tenía prisa por conocer el núcleo de sus argumentos. Quería verla mucho rato danzando en el espacio donde habitaba mi mente, quería sentirme devorado, empezando por mi cerebro, como si yo fuera el amante-víctima de una mantis religiosa. Pero ella fue rápidamente al grano.

—Pues que no existe una única ruina de una única civilización. Los estudiosos descubrieron varias ciudades de Troya, superpuestas, sucesivamente arruinadas. Es un fenómeno universal fácilmente extrapolable al caso que nos ocupa. Imagínate a un hipotético arqueólogo que examinara Cuba sin prejuicios históricos o ideológicos, con poca o nula información previa. Yo creo que descubriría diversos estadios o estratos de ruinas...

—¿La Habana I, La Habana II, La Habana III y así sucesivamente? —pregunté.

—Sí, pero podemos poner nombres descriptivos a cada estadio, pues es demasiado artificioso prescindir de lo que sabemos. Voy a suponer, agarrándome a Campanella, que son siete las ciudades superpuestas: La Habana I corresponde a la cultura india original. Sabemos poco de ella, pero no hace falta probar que existiera aquí un núcleo aborigen de población para aceptar que la primera sociedad colonial se fundó sobre las ruinas de la cultura nativa anterior.

Me pareció brillante y me estremecí al sentirme abrazado por el cuerpo de su teoría (ya que no por su cuerpo propiamente dicho). Disimulé como pude dos cosas que podían haber abreviado aquellos minutos de placer: que había comprendido ya su argumentación, y que me había convencido plenamente. Con una mirada expectante y falsamente dubitativa la invité a seguir.

—La Habana II (el segundo círculo) corresponde a la primera sociedad colonial, hasta que se afirma plenamente el imperio de los sacarócratas. Yo creo que hay una Habana III, también colonial, diferenciada de la anterior, que se corresponde básicamente con el siglo XIX: esta ciudad burguesa se levanta sobre las ruinas de la precedente, más «aristocrática». Viene después la República, con otros dos estadios que ahora diferenciaré atendiendo a consideraciones estilísticas.

—O sea, que mezclas caprichosamente argumentos sociológicos con otros formales... —Tercié, tratando de exasperar sus movimientos con un poco de falsa ironía.

—Los dos elementos han sido siempre determinantes para la fabricación de las ruinas. El lenguaje del renacimiento italiano *arruinó* al gótico, pongamos por caso, y no siempre hubo razones infraestructurales que justificaran esas «sustituciones». La Habana IV se corresponde con la República *ecléctica*, hasta principios de los años treinta. En aquellos momentos predominaban los mismos lenguajes arquitectónicos historicistas y exóticos que existían en Estados Unidos, aunque con un interesante toque «tropical». Esto mismo se nota cuando la modernidad edilicia se levanta contra y sobre el denostado eclecticismo local. Es La Habana V, la del art deco y la del Movimiento Moderno. Esta ciudad llega hasta la apoteosis enfática de la modernidad, eso que tú has llamado «surreoide curviquebrado», y que triunfa plenamente en la época de Batista. No voy a insistir ahora en el interés intrínseco de estas adaptaciones locales de lo moderno, sino en otra cosa: el modelo ideal de ciudad que entonces se propugna parece implicar la *ruina*, aunque sólo sea moral, del eclecticismo precedente.

—Y llega la Revolución...

—... Y arruina a todas las ruinas anteriores. La Habana VI es la de los bloques periféricos, la de los brigadistas y la construcción prefabricada. La re-ocupación y re-distribución social del centro urbano no se hace sobre una entidad intacta, como parece sugerir tú, sino sobre cinco estadios de ruinas precedentes y sucesivamente acumulados.

—Pero la Ciudad del Sol tiene siete círculos y sólo has hablado de seis. —Dije yo, como si lanzase un argumento con algún valor dialéctico. Mi voz salía ronca y agraviada, delatando el vago fastidio que sentía al intuir el pronto final de aquella disertación.

—El séptimo es el «Período Especial», que debe ser considerado como la ruina de sí misma que genera la Revolución. Es el último de los anillos concéntricos, aquel en el que se proyectan todos los restos anteriores. Tiene un gran valor simbólico, específicamente numantino. Ya no existe la posibilidad de una ruina de esa ruina, que es vivida, por tanto, como la apoteosis de la ruina. Sólo cabe la posibilidad imaginaria de la hecatombe final, es decir, que la ruina sea una especie de sepultura colectiva.

—Supongo que el enemigo debe saber que al tomar ese círculo final no conquista una ciudad, sino los restos de un cementerio, ¿no?

No me contestó. Llevábamos demasiado tiempo apartados del núcleo de la fiesta, hablando a solas, sentados en aquel rincón. Habían puesto un disco del Trío Matamoros, y ya estaba allí su chico, arrastrándola a bailar. Apeataba a ron. No pude evitar una mirada envidiosa a la pareja y a sus movimientos, sensuales y maravillosamente acompasados. Bebí un largo trago. Allí, en los cubitos de hielo, creí ver la disolución, o la ruina de mi propio «período especial».

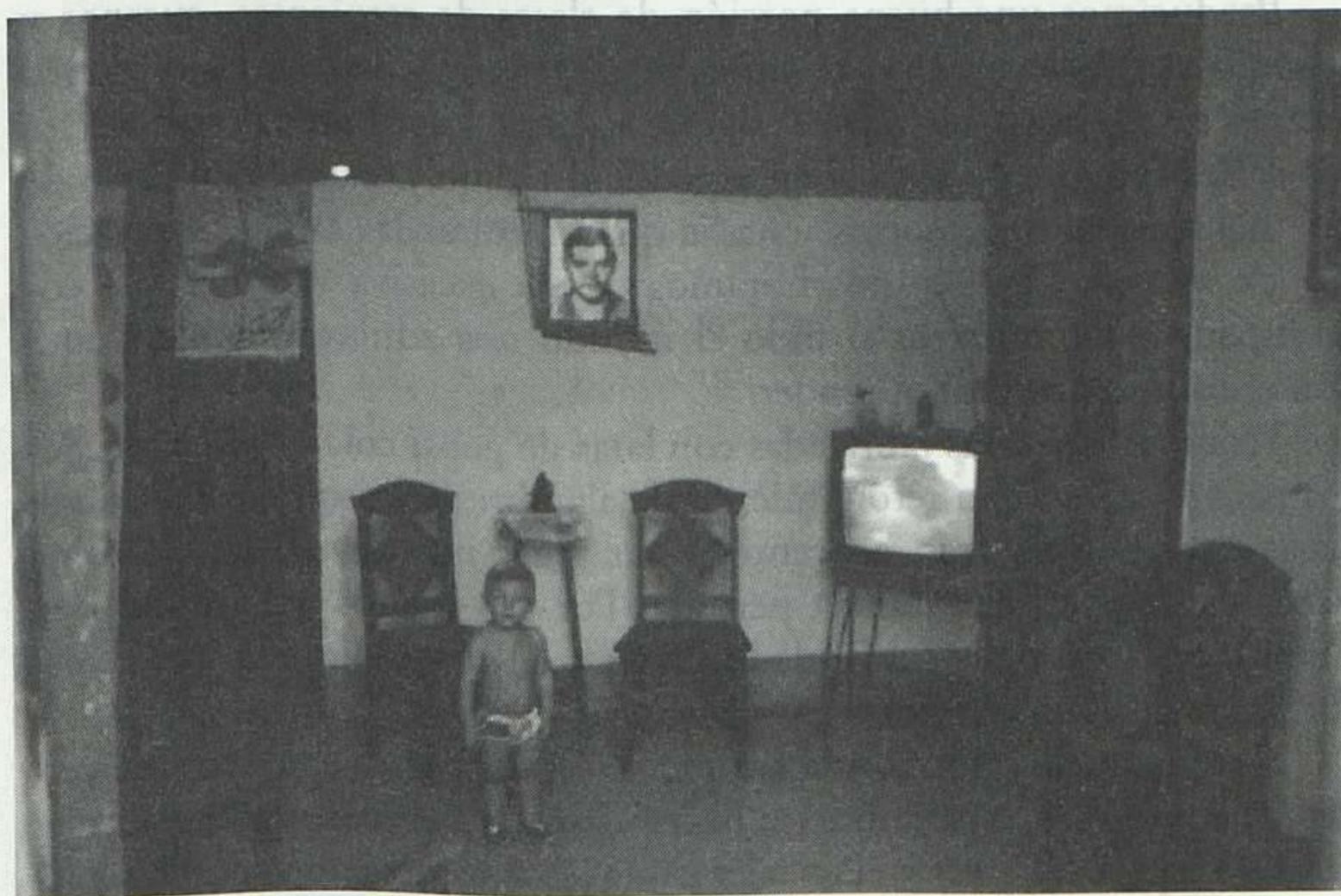
Misterios de la Casa de Salomón

«Dios te bendiga, hijo mío: voy a darte la joya de más valor que poseo, pues por el amor de Dios y de los hombres voy a revelarte los secretos de la Casa de Salomón. El objeto de nuestra fundación es el conocimiento de las cosas y el engrandecimiento de los límites de la mente humana para la realización de todas las cosas posibles.

Las preparaciones e instrumentos son los siguientes: tenemos numerosos patios abandonados, antiguas iglesias y muchas amenísimas sombras de árboles inspiradores, como mangos, flamboyanes, ceibas y palmas reales. Llamamos a estos lugares “talleres” y los utilizamos para



no y la fantasía
Como diríamos por aquí: un equilibrio en la balanza de peso
grado de democracia la ociosidad, fomentando en la población el ensue
los cultivos y de los sponos, de la poda y de la cosecha. Así hemos lo
que nos llevamos al campo, el campo, el campo, el campo, el campo, el campo
de explotación, como se dice en las muchas explotaciones de
tenemos el campo y el campo, el campo, el campo, el campo, el campo, el campo



El anciano, el niño, el televisor y Che Guevara (Trinidad, primavera de 1995).

transmutar una cosa en otra, haciendo que todo funcione por la contaminación poética de otro objeto inesperado.

Con cuatro troncos y un par de neumáticos fabricamos barcos fastuosos capaces de transportar los sueños y delirios de un pueblo entero. (A ninguno lo hemos denominado “La balsa de la Medusa”).

Con un plátano maduro satisfacemos, de modo placentero, la pasión por la grasa de un ansioso cigüeñal.

Tenemos gafas invisibles que nos permiten reconocer al instante la objetiva hermosura de los extranjeros y extranjeras que nos visitan. Así es como podemos demostrarles una simpatía no finjida y entregarles nuestro amor sin restricciones, con lo cual contribuimos no poco a la noble causa de la felicidad universal.

Poseemos una libreta mágica, y basta con enseñarla para que se nos conceda una ración de maná tan providencialmente calculada, que es tan imposible, gracias a ella, morir de hambre como quedar saciados. Así hacemos nuestras las palabras de la Santa: “Vivo sin vivir en mí...”.

Tenemos grandes y variados huertos y jardines. Es más, como nuestra isla toda es un grande y amenísimo Edén, nos despreocupamos de los cultivos y de los abonos, de la poda y de la cosecha. Así hemos logrado democratizar la ociosidad, fomentando en la población el ensueño y la fantasía.

Producimos una buena porción de clases de serpientes, gusanos y sabandijas que llegan a ser criaturas perfectas como las bestias o pájaros y tener sexo y hasta ser capaces de propagarse. Exportamos estos seres a los países extranjeros (y muy en especial al vecino Méame) con el fin de que hablen mal de nosotros y nadie quiera imitar las sabias disposiciones de nuestra Ley. Así nos libramos de esa excesiva vanidad que corrompería a los nuestros si todo el mundo nos adulase y viniera aquí con el baboso deseo de aprender.

Tenemos lámparas fabricadas con latas de pepsi cola, y otros mecheros para las casas, con retorcimiento de alambres y frasquito de alcohol, cosas estas que da gran contento mirar, pues nos devuelven el aroma precioso de nuestra infancia perdida. Por eso hemos entronizado en nuestro panteón de la celebridad universal a Rube Goldberg y al Profesor Franz de Copenhague.

No quiero cansaros con la enumeración de nuestras fábricas de cerveza, de pan y cocinas donde se hacen diversas bebidas, panes y carnes raras de especiales efectos. Por tales causas menospreciamos el agua, plebeyo líquido que ingieren los pobres de espíritu, y que traemos embotellado desde España.

Tenemos ciertos himnos y servicios de alabanza y gracias a Fidelio por sus maravillosas obras, que decimos diariamente. Y otros rezos implorando su ayuda y bendición para que nos ilumine en nuestros trabajos haciéndonos útiles y buenos.»

Así siguió contándome el buen padre las muchas cosas encomiables de aquella felicísima (fidelísima) República. Omito las más de ellas para no hacerte llorar de tristeza cuando te veas impelido a comparar los excelsos logros de Fidelia con las miserias y egoístas rutinas de tu propia Nación. Finalmente, aquel hombre venerable se puso en pie y extendiendo la mano derecha sobre mi cabeza inclinada dijo: «Fidelio te bendiga, hijo mío, y bendiga este relato que te he hecho. Recibe mi autorización para hacer público todo, por el bien de otras naciones, pues nosotros aquí, en este país desconocido, estamos en el seno de la *Felicidad*.»

Y con esto me dejó, no sin antes haber señalado una subvención por valor de unos cinco millones de «dolores» para mí y para mis compañeros. Pues siempre dan con largueza una buena cantidad de esta moneda de exportación, compensando así las muchas «alegrías» que los extranjeros nos llevamos al contado. Juraría, queridos hermanos y hermanas, que es un negocio justo, y que sumando y restando todo queda compensado. Como diríamos por aquí: hay equilibrio en la balanza de pago.